Antonia Pozzi
De *Nuevos cuadernos* (1934-1938)

Traducción y nota de Guillermo Fernández

Pensamiento

Tener dos grandes alas
de sombra,
y plegarlas sobre tu pena:
ser sombra, paz
nocturna,
en torno a tu apagada
sonrisa.

Las calles

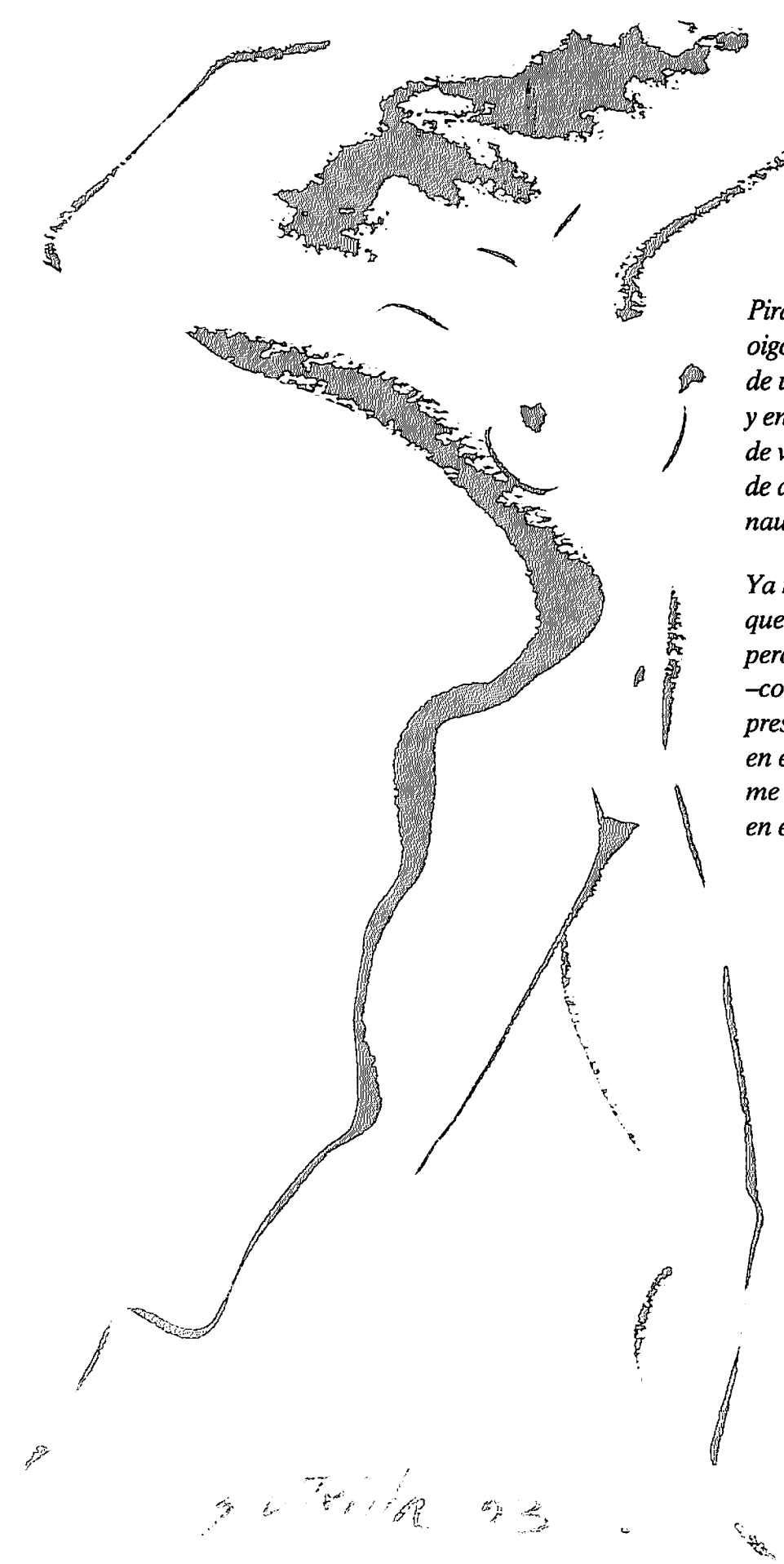
Estoy acostumbrada
a caminar por las calles, sola.

Al recorrerlas, todos
los niños faltos de pan
gritan dentro de mí,
giran en torno
de los primeros faroles que se encienden
con sus pálidos cabellos
al anochecer.

Cuando en los umbrales
se detienen cansados seres,
hombres con ojos de parias;
y parece que la tierra
los expulsara de su seno,
también ellos a punto de llorar
como niños que estuvieran
naciendo.

Cuando de los campanarios
perdidos en la neblina,
lentas campanadas caen y buscan
el corazón del que va solo,
como leves hojas, volando
hacia el fondo
de un río taciturno.

Guillermo Fernández. Poeta y traductor. Es autor de, entre otros títulos, *La palabra a solas*, *La hora y el sitio* y *Bajo llave*. Ha traducido más de 50 libros del italiano, sobre todo, de poesía.



Fuegos de San Antonio

Piras, en la tarde de mi nombre,
oigo arder a la orilla
de un mar oscuro;
y en los puertos crepitar hogueras
de viejas cosas,
de algas y de barcos
naufragados.

Ya nada queda en mí
que pueda ser quemado,
pero cada hora de mi vida
–con su peso indestructible,
presente–,
en el pagado corazón de la noche,
me sigue todavía
en el apagado corazón de la noche.

El ciervo

Sumiso vuelves, viento matutino,
por entre los enebros y las arenas pálidas
del alba, que se eleva
sobre las lagunas.

Y tu soplo recela
bajo los arcos de los pinos.

Grandes ojos, que tiemblan
en la tibieza de unas blancas frentes,
desde los altos matorrales espían
el mundo.

Y te yergues en el horizonte
sobre tus frágiles pezuñas,
ciervo
atónito en la maleza.

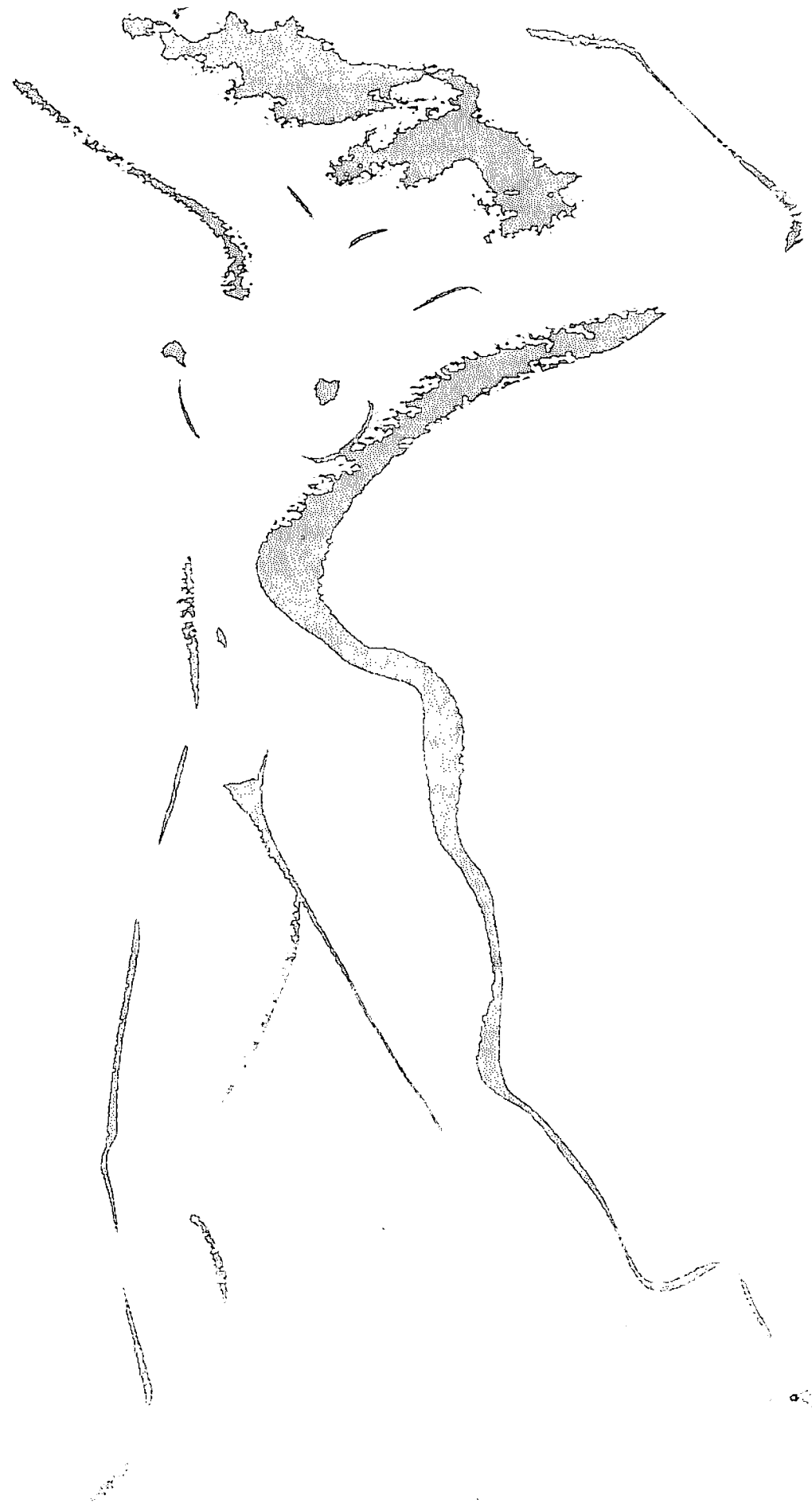
Otoño precoz

De plata es la niebla, borra
la sombra de los pinos:
alarga los jardines
en el alba.

El chopo tiene ya una hoja amarilla,
y el castaño del monte
tiene muerta una rama.

Terrores que no saben de sí mismos
duermen en el aire del cielo:
este final que vuelve cada año,
que se renueva cada año.

Como el último árbol del bosque,
el último hombre contó los muertos:
sin embargo su muerte
aún lo encuentra atónito.



Los muertos

Se sientan en las faldas de los prados,
en una encrucijada de caminos:
oyen rumor de ruedas por la pendiente,
niños y caballos saltando vallas.

Oyen los truenos cada vez más cerca,
goterones sobre el heno desnudo
(cuando los hombres, por salvarlo,
salen corriendo de sus casas,
con el cuerpo inclinado hacia la tierra).

Todas las tardes,
antes que el verde campanario resuene,
se preguntan si las crestas del monte
no dibuja un muchacho tendido boca abajo,
durmiendo sobre ellos.

Luego, cuando a las cuencas de los ojos
esparcidas corolas de campanas
descienden a beber,
ellos vuelven el rostro hacia las verjas:
cuando en otoño un pastor se detiene
a partir de su pan sin recelo
y en la cerca la blanca grey se agolpa.

Entonces ríen los muertos,
quedito, entre ellos:
sueñan leve y más cálida la noche.

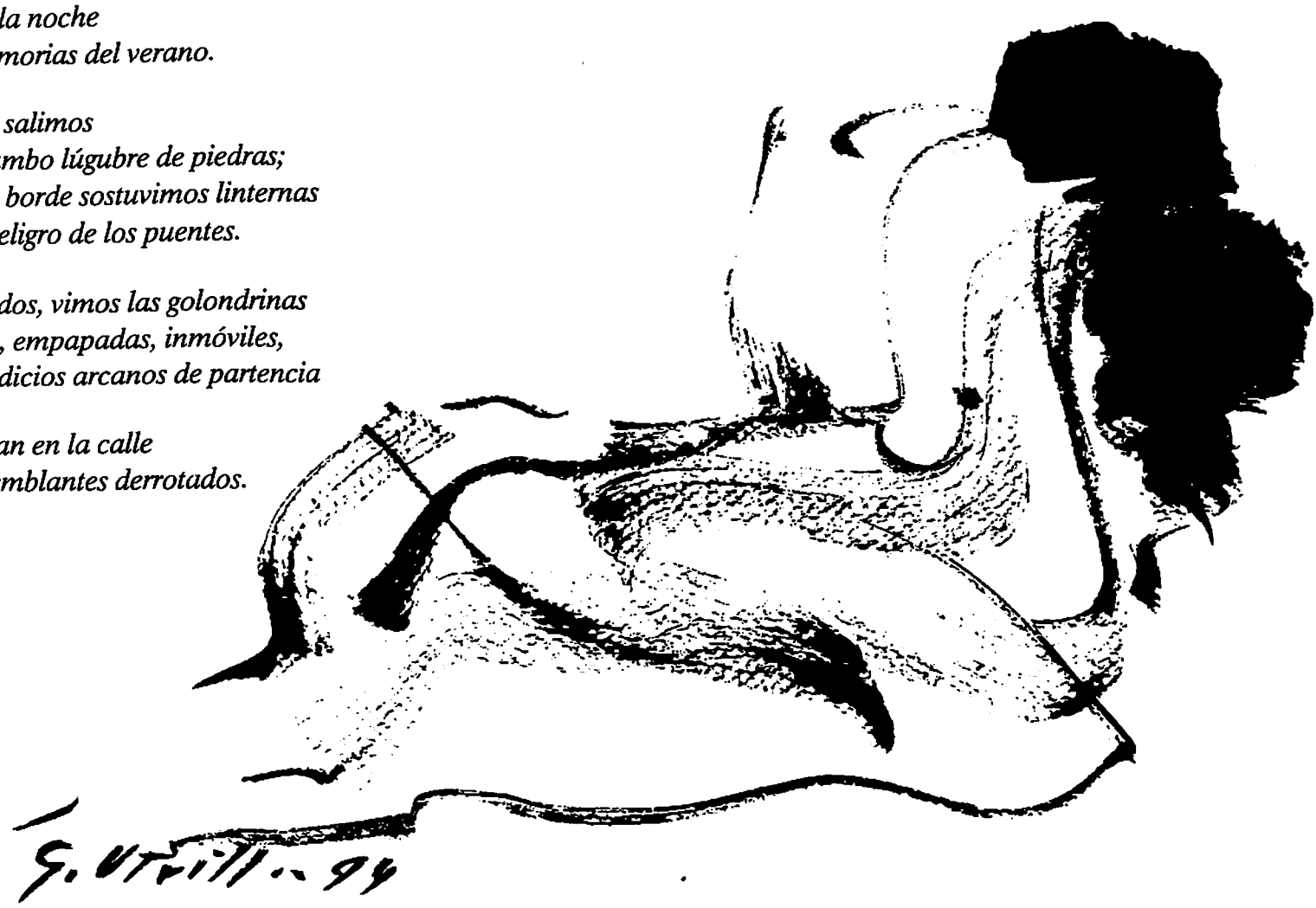
Muerte de una estación

Llueve toda la noche
sobre las memorias del verano.

Al oscurecer salimos
entre un retumbo lúgubre de piedras;
parado en el borde sostuvimos linternas
para ver el peligro de los puentes.

Al alba, pálidos, vimos las golondrinas
en los cables, empapadas, inmóviles,
atisbando indicios arcanos de partencia

–las reflejaban en la calle
fuentes de semblantes derrotados.



Nota

A decir verdad, la poesía italiana escrita por mujeres no ha sido nada pródiga desde el siglo XVI, en el cual siguen resplandeciendo, entre otras muchas poetas de esa época, Vittoria Colonna, Verónica Gámbara y la excepcional Gaspara Stampa, que tanto conmovió a Rilke. Antes del Renacimiento, y después de éste, la poesía de las mujeres no aparece en el mapa. Tuvieron que pasar casi cuatro siglos para que ellas se dejaran oír de nuevo, con la aparición de Ada Negri, Luisa Giaconi, Sibilla Aleramo, Antonia Pozzi, María Bárbara Tosatti, Margherita Guidacci, Biagia Martini, María Luisa Spaziani y Amelia Roselli, por citar únicamente las voces más consolidadas. De entre ellas, que yo sepa, sólo la de Antonia Pozzi ha sido traducida a varios idiomas europeos.

Antonia Pozzi nació en Milán en 1912, y murió, por su propia decisión, en 1938, a los veintiséis años de edad. Su obra poética constituye uno de los muy raros "casos" literarios resistentes al paso del tiempo y de la moda, destinados a quedar duraderamente en la historia de la poesía.

Sus poemas, encontrados entre sus papeles privados, aparecieron por vez primera en 1939, en un libro titulado *Parole*, con el pie de imprenta de la editorial Mondadori. La atención de la crítica y de los lectores convenció al editor a publicar una segunda edición en 1943, una tercera en 1948, con un agudo prólogo de Eugenio Montale, y una cuarta en 1964.

En dicho prólogo, el poeta ligur afirmaba que, técnicamente, la poesía de Antonia Pozzi "deriva del versolibrismo de principios de siglo y de ciertas experiencias de Ungaretti: voz liviana, con escasa necesidad de apoyos, tiende a quemar las sílabas en el espacio blanco de la página (...). La uniformidad aérea fue su límite más evidente; sus dones naturales: la pureza del sonido y la limpieza de la imagen (...). Alma de excepcional pureza y sensibilidad, que no pudo resistir el peso de la vida, requiere una lectura que haga vivir en nosotros los desarrollos que ella contenía y no expresó sino en parte (...)".

En las páginas de su *Diario* (publicado en 1965), además de describirnos sus impresiones de viaje por Inglaterra, Austria, Alemania, Grecia y Africa y de sus experiencias como traductora de Catulo, Horacio y Manfred Hausmann, nos habla a menudo de las intenciones de su poética: "La poesía es una catarsis del dolor, como la inmensidad de la muerte es una catarsis de la vida". En otra página, escribe: "Yo sé lo que significa poner toda el alma en los ojos y beber el alma de las cosas, las pobres cosas, torturadas en su gigantesco silencio, mudas hermanas de nuestro dolor. Porque para mí Dios no es, no puede ser otra cosa que un Infinito, el cual, para permanecer perpetuamente vivo, y por consiguiente más Infinito, se concreta sin cesar entre formas determinadas que, a cada momento, se rompen por la urgencia del fluir divino y, a cada momento, se rehacen para expresar y concretar aquella Vida que, no expresada, se aniquilaría (...). Ahora bien, a este Dios que no se deja separar de la vida, ¿dónde podemos percibirlo más inmediato que en los momentos en que se agudiza la lucha entre el espítiru y las formas que estorban su fluir? ¿Y no es la poesía uno de estos momentos?"

En su prólogo a la susodicha tercera edición de *Parole*, Montale menciona como influencia "ciertas experiencias" líricas de Ungaretti, que resultan evidentes. Yo me atrevo a pensar que mayor influencia tuvieron en este caso las del poeta austriaco Georg Trackl, que con toda seguridad conocía nuestra poeta en la lengua original, puesto que muy a menudo, sobre todo en los *Nuevos cuadernos*, logra crear unas atmósferas muy parecidas a las del poeta austriaco, y unas armonías que se prolongan indefinidamente, en algo que podríamos llamar oído del ser, con unas resonancias que nos recuerdan las últimas sonatas de Béla Bartok. En ambas obras el oído del ser ha escuchado desde sus comienzos el discurso de la muerte, hasta convertirla en una presencia cotidiana y familiar.

Antonia Pozzi se suicidó a los veintiséis años de edad; Georg Trackl a los veintiocho, con una sobredosis de morfina.Δ